

Bibliografía selecta sobre el Catecismo de la Iglesia Católica

a) Fuentes

- J. RATZINGER, *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica*, en J. RATZINGER-C. SCHÖNBORN, *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica*, Ciudad Nueva, Madrid 1994.
- J. RATZINGER, *Actualidad doctrinal del Catecismo de la Iglesia Católica*, conferencia en el Congreso Catequístico Internacional de Roma 2002, en “Actualidad Catequética” 195-196 (2002) 369-383.
- BENEDICTO XVI, *Prefacio al Subsidio del Catecismo de la Iglesia Católica* (“YouCat”) para la JMJ-Madrid 2011.

a) Sobre el Catecismo de la Iglesia Católica

- J. ALDAZÁBAL, *La Liturgia y los Sacramentos en el nuevo catecismo*, en “Sinite” 34 (1993) 355-374; *La Eucaristía en el Catecismo de la Iglesia Católica*, “Phase” 240 (2000) 471-498
- C.-J. ALEJOS GRAU (ed), *Al servicio de la educación en a fe: El compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, ed. Palabra, Madrid 2007 [contiene los documentos más importantes sobre el sentido del Compendio y su elaboración, y diversos estudios, y una bibliografía extensa sobre las partes del Catecismo de la Iglesia Católica]
- J. CASTELLANO CERVERA, *Teología y espiritualidad litúrgica en el Catecismo de la Iglesia Católica*, ed. Siquem, Valencia 2005
- J. CORBON, *La oración cristiana en el Catecismo de la Iglesia Católica*, en J. CORBON, *Liturgia y oración*, eds. Cristiandad, Madrid 2004, pp. 183-223
- FACULTAD DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA, *Introducción a la lectura del Catecismo de la Iglesia Católica*, Eunsa, Pamplona 1993 [contiene comentarios de los profesores de la Facultad sobre los diversos aspectos y partes del Catecismo]
- P. FARNÉS, *La celebración del misterio cristiano según el Catecismo de la Iglesia Católica*, en O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL-J.A. MARTÍNEZ CAMINO (eds), *El Catecismo posconciliar. Contexto y contenidos*, San Pablo, Madrid 1993, pp. 132-151
- R. FISICHELLA (ed), *Commento teologico al Catechismo della Chiesa Cattolica*, Piemme, Casale Monferrato 1993
- J.R. FLECHA, *La teología moral en el nuevo Catecismo*, en O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL-J.A. MARTÍNEZ CAMINO (eds), *El Catecismo posconciliar. Contexto y contenidos*, San Pablo, Madrid 1993, pp. 152-180
- J.L. LORDA, *Antropología en el Catecismo de la Iglesia Católica*, en “Teología y Catequesis” 84 (2002) 31-54
- E. LUQUE ALCAIDE, *El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica en la estela de la tradición eclesial*, en C.-J. ALEJOS GRAU (ed) *Al servicio de la educación en la fe*, pp. 41-71 [perspectiva histórica]

- E. MOLINA, *La vida en Cristo: la moral al Compendi*, en “Temes d’avui” 21 (2006) 35-51 (existe versión en castellano)
- R. PELLITERO, *El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica y las cuestiones planteadas desde el debate 'De Parvo Catechismo'*, en “Anuario de Historia de la Iglesia” 15 (2006) 89-110
 - *Fe y sacramentos al servicio del diálogo intercultural*, en C.-J. ALEJOS GRAU (ed) *Al servicio de la educación en la fe*, pp. 73-102
 - (Con E. BORDA), *Conversación en Madrid con Jose Manuel Estepa* (acerca del Catecismo de la Iglesia Católica y su Compendio), en “Anuario de Historia de la Iglesia” 15 (2006) 367-388
- J.I. RODRÍGUEZ TRILLO, *El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica y sus repercusiones en la catequesis*, en “Actualidad Catequética” 207 (julio-setiembre 2005) 57-66
- CH. SCHÖNBORN, *Fuentes de nuestra fe: Liturgia y sacramentos en el Catecismo de la Iglesia Católica*, ed. Encuentro, Madrid 2000
- F. SEBASTIÁN AGUILAR, *Buen uso y mal uso del Catecismo*, en O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL-J.A. MARTÍNEZ CAMINO (eds), *El Catecismo posconciliar. Contexto y contenidos*, San Pablo, Madrid 1993, pp. 263-282
- J. SESÉ, *Para una “pedagogía de la santidad”*, en C.-J. ALEJOS GRAU (ed) *Al servicio de la educación en la fe*, pp. 123-137
- A.M. TRIACCA, *Sfondo “liturgico-vitale” del Catechismo della Chiesa Cattolica*, en “Notitiae” 29 (1993) 35-47

b) *Artículos breves* (se adjuntan)

- *La formación cristiana: prioridades y proporciones. Redescubrir el Catecismo de la Iglesia Católica*,

<http://iglesiaynuevaevangelizacion.blogspot.com/2011/02/la-formacion-cristiana-prioridades-y.html>

- *El “YouCat” y la sinfonía de la fe*,

<http://iglesiaynuevaevangelizacion.blogspot.com/2011/02/el-youcat-y-la-sinfonia-de-la-fe.html>

- *El esplendor de la belleza*,

<http://iglesiaynuevaevangelizacion.blogspot.com/2011/02/el-esplendor-de-la-belleza.html>

La formación cristiana: prioridades y proporciones

En plena crisis cultural, cuando en Europa –por ejemplo en España– se quiere encerrar a la religión en el ámbito privado, ¿es posible abrir el debate público a la religión, como es normal en Estados Unidos?

Nostalgia de identidad cristiana en la vieja Europa

El obstáculo para lograrlo parece consistir en la característica “hipercrítica” de nuestra vieja Europa, secularizada por la modernidad hasta el punto de que ha conseguido eclipsar la educación religiosa más básica. Y por eso muchos cristianos están desarmados –¿o acomplejados?– ante las propuestas del laicismo combativo.

No es ajeno a esto el hecho de que, en una buena parte de los educadores y formadores europeos –fascinados ante la “apertura al mundo” que creían ver en el Concilio Vaticano II–, haya primado en exceso la “adaptación” o la “conciliación” con la cultura ambiente, descuidando la identidad cristiana. Y ahora resulta que hay jóvenes cristianos –y no tan jóvenes– que demandan ese refuerzo de su identidad. Han pasado de un cristianismo de “pertenencia”, que se daba por supuesto hace décadas, a un cristianismo que necesita de “convicciones” para vivir y respirar, y no encuentran quiénes les ayuden a conciliar su fe con su razón. Quizá pueda educárseles como “contestatarios”, pero hay que cuidar de no abandonarlos en el voluntarismo y el fideísmo, primos-hermanos del fundamentalismo.

Lo básico es previo a lo crítico, la identidad es antes que el diálogo

La cuestión está en que lo “básico” –los verdaderos fundamentos de la vida cristiana que se integran perfectamente con la razón, aunque la superen: la oración y los sacramentos, la gracia y las virtudes, el combate contra el pecado, la vida eterna– es previo a lo “crítico”, y la identidad es previa al diálogo. Esto no quiere decir que la dimensión crítica y dialógica del cristianismo deban desaparecer, y quedar encerradas en las paredes de las casas o de los templos, permaneciendo ausentes del debate público. No. Sólo quiere decir que son momentos “segundos” respecto a lo primero: la identidad, lo básico. Cuando alguien no sabe quién es o a qué ha venido, es difícil que pueda aclararse en la maraña del mercado de opiniones e ideologías.

Todo esto es lo que plantea agudamente Mons. Jean-Louis Bruguès –secretario de la Congregación para la Educación Católica– en un texto publicado en el “Osservatore Romano”, el 3 de junio de 2009. El texto se refiere a la formación de los seminaristas, pero vale para todos. Lo que propone es “una formación teológica sintética, orgánica y que apunte a lo esencial”, la primacía de lo básico y “la renuncia a una formación inicial signada por un espíritu crítico... y por la tentación de lograr una especialización demasiado precoz, precisamente porque le falta a estos jóvenes el necesario *background*

cultural”. En otros términos, añade, “yo aconsejaría elegir la profundidad más que la extensión, la síntesis más que los detalles, la arquitectura más que la decoración”.

Redescubrir el Catecismo de la Iglesia Católica

Para esta tarea, señala como referente principal el Catecismo de la Iglesia Católica. Quizá alguien esté tentado de pensar: ¡vaya descubrimiento, el catecismo de nuestras bisabuelas! Pues sí, el catecismo como sabio instrumento de transmisión de la fe. Pero no un catecismo cualquiera, sino el que la Iglesia Católica (con su Compendio) propone para el siglo XXI. Este Catecismo contiene cuanto el Concilio Vaticano II consideró importante para explicar la fe en nuestro tiempo; lógicamente, con las mediaciones necesarias de las familias, los catequistas y los formadores. Por eso hay que considerar la propuesta de Mons. Bruguès como una aportación luminosa en el momento actual, que vale la pena redescubrir por parte de todos los que tenga a su cargo la formación.

Una nueva formación para una nueva situación

Concluye Mons. Bruguès que los formadores deben “asegurar armoniosamente”, en primer lugar, “el paso de una interpretación del Concilio Vaticano II a otra” (es decir, pasar desde aquella fascinación ingenua por la “apertura al mundo”, a una toma de conciencia de los desafíos actuales). Y en segundo lugar, también probablemente es necesario asegurar el paso “de un modelo eclesial a otro” (o sea, desde una “pertenencia” que se daba por supuesta, a una “convicción” que se busca, se mantiene y se acrecienta con el esfuerzo de la razón, de la experiencia de la fe vivida y de la comunión con los demás cristianos).

Efectivamente, el reto de la formación cristiana está hoy en las prioridades y en las proporciones. Las casas se comienzan por los cimientos. Sobre la base de una formación humana y espiritual adecuadas, hay que guardar íntegro el depósito recibido –la fe y la tradición cristiana– y abrirlo a los desarrollos legítimos y necesarios del pensamiento, de la cultura y de la ciencia, que conservan matrices de raíz cristiana (la igualdad y la libertad, la solidaridad y la responsabilidad, etc.). Y esto constituye, a su vez, la raíz de una formación que sea permanentemente misionera o evangelizadora. Todo ello es condición para un diálogo auténtico entre religión y cultura, y, por tanto, para el progreso como personas y como cristianos. Pero, no lo olvidemos, el primer desafío es “la formación de los formadores”.

Ramiro Pellitero, Universidad de Navarra
iglesiaynuevaevangelizacion.blogspot.com

Publicado en www.cope.es, 7-VII-2009
Reproducido en el libro
"Al hilo de un pontificado: el gran 'sí' de Dios",
ed. Eunsa, 2010

El “YouCat” y la sinfonía de la fe

En un gesto sin precedentes, la próxima Jornada Mundial de los Jóvenes (Madrid 2011) contará con un nuevo instrumento querido por Benedicto XVI para ayudarles a conocer y vivir la fe cristiana: el “Youcat” o “catecismo” para jóvenes, un “libro extraordinario” que el Papa nos ofrece también a todos.

El Catecismo de la Iglesia Católica, referencia para la fe

En el prefacio (difundido el 2-XI-2011 por el Osservatore Romano) Benedicto XVI expone por qué y cómo se ha hecho este texto. Comienza remontándose al Catecismo de la Iglesia Católica. Con sencillez y claridad les cuenta a los jóvenes cuál fue el motivo para su publicación, a comienzos de los años noventa: “Muchas personas ya no sabían correctamente qué debían creer propiamente los cristianos, qué enseñaba la Iglesia, si ésta podía enseñar algo *tout court*, y cómo todo esto se podía adaptar al nuevo clima cultural”. Muchos creyentes, incluso cristianos se hacían, como también hoy, estas preguntas: “¿El Cristianismo en cuanto tal no está superado? ¿Se puede aún hoy razonablemente ser creyente?”

Juan Pablo II decidió entonces que los obispos de todo el mundo escribieran un libro sobre la fe: “Este libro debía llevar el título tradicional de Catecismo de la Iglesia Católica, y con todo ser algo absolutamente estimulante y nuevo; debía mostrar qué cree hoy la Iglesia católica y de qué modo se puede creer de forma razonable”. Así pues había una preocupación fundamental por presentar la (única) fe cristiana, de un modo actual y razonable.

Reconoce Benedicto XVI que al principio dudaba de si esa tarea podría llevarse a cabo, sobre todo por la cuestión de la unidad de la fe: “¿Cómo podían hombres que viven en continentes diversos, y no solo desde el punto de vista geográfico, sino también intelectual y cultural, producir un texto dotado de una unidad interna y comprensible en todos los continentes?” Máxime teniendo en cuenta que los obispos debían escribir en representación de toda la Iglesia. También hoy (como ha dicho otras veces) le parece un milagro haberlo conseguido.

Unidad y diversidad de la fe cristiana: “la partitura común de la fe”

Y es que la unidad de la fe debía compaginarse con la diversidad en las expresiones de la fe (como también existen diversidades legítimas en las formas de celebrar los sacramentos y en la vida cristiana).

De un modo gráfico, señala el Papa que, ya en el tiempo de la redacción del Catecismo de la Iglesia Católica, “tuvimos que constatar no sólo que los continentes y las culturas de sus pueblos son diferentes, sino también que dentro de cada sociedad existen ‘continentes’ distintos: el obrero tiene una mentalidad distinta de la del campesino, y un físico distinta de la de un filólogo; un empresario distinta de la de un periodista, un joven distinta de la de un anciano”. Y argumenta que, “por este motivo, en el lenguaje y en el pensamiento, tuvimos que ponernos por encima de todas estas diferencias, y por así decirlo, buscar un espacio común entre los diferentes universos mentales”. Una consecuencia más: “Con ello fuimos siendo cada vez más conscientes de que el texto requería ‘traducciones’ en los diversos mundos, para poder llegar a las personas con sus diferentes mentalidades y problemáticas distintas”.

Notemos que, al decir esto, no se refiere solo a las traducciones a los idiomas correspondientes, sino a las diversas culturas y mentalidades; una traducción que corresponde a las Iglesias locales, es decir a los obispos de cada lugar y, después, a los catequistas, los educadores, etc., para que transmitan los contenidos de la fe acercándolos a quienes de ellos dependen.

Con nuestras palabras, cabría señalar que el Catecismo de la Iglesia católica se planteaba en el nivel de una “inculturación general o universal”, que requería después mediaciones para los diversos lugares, edades, etc.

Por último explica el Papa cómo es el Catecismo de la Iglesia Católica, su sencilla estructura, que recoge la experiencia de siglos en sus cuatro partes: “Qué creemos / de qué forma celebramos los misterios cristianos / de que modo tenemos la vida en Cristo / de que forma debemos rezar”. Aunque, como todo producto humano puede mejorarse, entiende que “se trata de un gran libro, un signo de unidad en la diversidad. A partir de muchas voces se pudo formar un coro pues teníamos la partitura común de la fe, que la Iglesia nos ha hecho llegar desde los apóstoles, a través de los siglos, hasta hoy”.

El Catecismo de la Iglesia Católica se publicó por vez primera en 1992. En el año 2005 se hizo el Compendio del mismo Catecismo, destinado a facilitar su conocimiento y estudio (más información en C.-J. Alejos Grau, editora, "Al servicio de la educación en la fe: el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica", ed. Palabra, 2007)

El “YouCat”, cómo y por qué

¿Cómo y por qué se plantea ahora hacer un “catecismo para los jóvenes”? Todo comenzó al contemplar cómo “en las Jornadas Mundiales de la Juventud (Roma,

Toronto, Colonia, Sydney) se han encontrado de todo el mundo jóvenes que quieren creer, que están a la búsqueda de Dios, que aman a Cristo y desean caminos comunes”.

En este contexto surge la pregunta de “si no deberíamos intentar traducir el Catecismo de la Iglesia Católica a la lengua de los jóvenes y hacer penetrar sus palabras en su mundo”. Y así se ha realizado el “YouCat”, bajo la guía del arzobispo de Viena, Christoph Schönborn, que fue ya el coordinador del Catecismo de la Iglesia Católica. “Espero –dice el Papa– que muchos jóvenes se dejen fascinar por este libro”.

Al llegar a este punto recoge Benedicto XVI una crítica: “Algunas personas me dicen que el catecismo no interesa a la juventud de hoy”. Y como pensando en voz alta, responde: “Pero yo no creo en esta afirmación y estoy seguro de que tengo razón. Ésta no es tan superficial como se la acusa de ser; los jóvenes quieren saber en qué consiste de verdad la vida. Una novela criminal es irresistible porque nos implica en la suerte de otras personas, pero que podría ser también la nuestra; este libro es irresistible porque nos habla de nuestro propio destino y que por ello nos afecta de cerca a cada uno de nosotros”.

Leyendo esto me acordaba de un profesor que decía a sus alumnos que las novelas policíacas son un buen antídoto contra el relativismo: porque tratan de lo que ha sucedido “de verdad”, aunque alguien lo quiera ocultar o tergiversar; pero la verdad puede ser descubierta, y eso puede ser, en efecto, fascinante.

Invitación del Papa a los jóvenes

Con tales presupuestos, el Papa invita a los jóvenes con la sencillez de un padre y un amigo: “¡Estudiad el Catecismo! Este es mi deseo de corazón”. Y les dice que este texto no quiere adularles; más bien les presenta un reto: “No ofrece soluciones fáciles, exige una vida nueva por vuestra parte; os presenta el mensaje del Evangelio como “la perla preciosa” (Mt 13,45) por la cual es necesario dar cualquier cosa. Por esto os pido: ¡estudiad el Catecismo con pasión y perseverancia!”.

Consciente de que les puede costar cierto esfuerzo estudiarlo, pero que vale la pena, les anima: “¡Sacrificad vuestro tiempo por ello! Estudiadlo en el silencio de vuestra habitación, leedlo entre dos, si sois amigos formad grupos y redes de estudio, intercambiad ideas en Internet. ¡Continuad de todas las formas posibles el diálogo sobre vuestra fe!”.

Todavía alguno se preguntará por qué vale la pena. Incluso puede haber quiénes piensen que basta con tener un conocimiento superficial de la fe, que lo importante es “la vida”; o que hay que apresurarse para afrontar directamente los problemas actuales y estar abiertos a los grandes progresos de nuestro tiempo.

Precisamente por todo eso es importante y necesario conocer la fe cristiana: “Debéis conocer aquello que creéis; debéis conocer vuestra fe con la misma precisión con la que un especialista en informática conoce el sistema operativo de un ordenador; debéis conocerla como un músico conoce la pieza; sí, debéis estar profundamente

enraizados en la fe de las generaciones de vuestros padres, para poder resistir con fuerza y decisión en los desafíos y las tentaciones de este tiempo. Necesitáis la ayuda divina, si vuestra fe no quiere secarse como una gota de rocío al sol, si no queréis sucumbir a la tentación del consumismo, si no queréis que vuestro amor se ahogue en la pornografía, si no queréis traicionar a los débiles y a las víctimas de abusos y de violencia”.

No oculta el Papa la presencia del pecado también el interior y en el corazón de la Iglesia. Sin embargo, aconseja a los jóvenes con claridad: “No uséis esto como pretexto para huir de la mirada de Dios, ¡vosotros mismos sois el cuerpo de Cristo, la Iglesia! Llevad el fuego intacto de vuestro amor en esta Iglesia cada vez que los hombres le han oscurecido el rostro. ‘Con solicitud incansable y fervor de espíritu, servid al Señor’ (Rom 12,11)”.

Y, para terminar, no lo hace disminuyendo la intensidad de su apelación. Al contrario, les pone ante la responsabilidad personal de la llamada divina: “Cuando Israel estaba en el punto más oscuro de su historia, Dios llamó no a las personas importantes o consideradas, sino a un joven llamado Jeremías, el cual se sintió desbordado por una misión demasiado grande: ‘Yo respondí: ¡Ah, Señor! Mira que no sé hablar, porque soy demasiado joven’. (Jer 1,6). Pero Dios no se dejó engañar: ‘El Señor me dijo: No digas: Soy demasiado joven, porque tú irás adonde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene’ (Jer 1,7).

Una muestra más de la solicitud del Papa por la Iglesia y de su cariño por los jóvenes. Un instrumento llamado a jugar un papel importante en la formación de todos. Una partitura para interpretar la sinfonía de la fe en un momento crucial de nuestra historia.

Ramiro Pellitero, Universidad de Navarra
iglesiaynuevangelizacion.blogspot.com

Una primera versión, más breve, fue publicada en
www.analisisdigital.com, el 8-II-2011

El esplendor de la belleza

¿A qué se refiere Dostoievsky –cristiano y ruso– cuando dice que “la belleza salvará al mundo”? ¿De qué belleza se trata?

La belleza salvadora

Más allá de la belleza del cosmos y de las formas materiales o corporales, e incluso de la belleza como propiedad de lo amable que eleva el espíritu, según Joseph Ratzinger (Rimini, 2002) la verdadera belleza es “la belleza redentora de Cristo”, la belleza de la fidelidad que acepta el dolor y el misterio de la muerte como don de la vida. En el extremo opuesto a la falsa belleza (que encierra al hombre en sí mismo y en sus ansias de poder, de posesión y de mero placer), la verdadera belleza “despierta la nostalgia por lo Indecible, la disponibilidad al ofrecimiento, al abandono de uno mismo”.

Pues bien, además de esa belleza originaria, que se manifiesta en Cristo y sobre todo en la Eucaristía, para el cristianismo oriental –que incluye el ruso– hay dos principales imágenes de la belleza: los iconos y los santos.

Los iconos

En los iconos se representa la vida de Cristo o de los santos. Dice San Juan Damasceno (s. VII) que son libros que proclaman el Evangelio sin palabras, pues, para la fe, la vista es tan importante como el oído. (Los apóstoles no sólo oyeron, sino que vieron al Señor, por lo que su mensaje no debe ser sólo oído sino también contemplado). Los iconos están hechos a base de oración, y cuando se contemplan en esa perspectiva, impulsan a buscar las virtudes ahí representadas. Esto podría decirse de las imágenes del arte cristiano (por ejemplo las que figuran en el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica). En un sentido aún más amplio también podría aplicarse al arte, porque, según Guardini, la auténtica obra de arte interpela la interioridad del contemplador y abre a la trascendencia. ¿Quién no ha experimentado algo así ante un buen cuadro, una buena película o una buena pieza musical?

Los santos

Al lado de los iconos o las imágenes, están los “iconos vivos” que son los santos. No sólo los santos que ya están en el cielo, sino también los que procuran ser santos en la tierra. Ellos son, en efecto, según San Pedro, “piedras vivas” del templo espiritual que es la Iglesia. De ahí que todo cristiano es como un iconógrafo: está llamado a hacer de su vida una obra de arte, que haga presente de modo vivo lo más bello (el amor de Dios a la humanidad) y anime a difundirlo.

Contemplando a Cristo –decía Benedicto XVI en 2007 con palabras de San Gregorio de Nisa– cada uno se convierte en “el pintor de su propia vida”, sin olvidar, añade el Niseno, que Cristo está especialmente presente en los pobres, según sus mismas palabras y voluntad.

Los santos de todos los tiempos han anhelado la contemplación del rostro de Cristo. Al principio del nuevo milenio escribía Juan Pablo II que, desde esa contemplación, los cristianos han de transformarse por dentro y transformar la sociedad en la que viven, mediante el amor y la justicia.

Los cristianos, imágenes de la belleza

De este modo los cristianos deben ser imágenes de la belleza, que invitan a descubrir la conexión entre la verdad y el amor, es decir la belleza del bien. Y no sólo ellos. También de alguna manera todas las personas de buena voluntad, que pueden caminar en su vida corriente hacia los valores más altos. Esas “imágenes” de los valores cristianos y humanos nobles podrán ser narradas o grabadas, fotografiadas o pintadas, esculpidas y también filmadas y cantadas, representadas y difundidas a través de la gran diversidad de géneros del arte y la comunicación que la cultura actual pone a nuestro alcance.

En su *Carta a los artistas* (1999), Juan Pablo II cita al poeta polaco Cyprian Norwid: “La belleza sirve para entusiasmar en el trabajo, el trabajo para resurgir”. Entre muchos artistas que manifestaron con su arte la belleza de la fe, nombra también a Paul Claudel y Marc Chagall, Dante Alighieri, Miguel Angel, Bernini y Borromini, Palestrina, Händel y Bach, Mozart, Schubert, Beethoven y Verdi.

Hacer de la propia vida una obra de arte

Queda claro que no se trata sólo de grandes genios o figuras: “A cada hombre – escribe Juan Pablo II– se le confía la tarea de ser artífice de la propia vida; en cierto modo, debe hacer de ella una obra de arte, una obra maestra”. Porque en toda inspiración auténtica hay un soplo divino de aquél Espíritu que es “el misterioso artista del universo”.

Cuando *Andrei Rublev* (en la película de Tarkovsky, 1966) lleva ya mucho tiempo sin pintar iconos, su viejo amigo Cyril le ruega que vuelva a ejercitar su arte para gloria de la Trinidad: “No hay pecado más terrible que dejar morir el don divino”. Y al final de *El Festín de Babette* (Gabriel Axel, 1987), la gran cocinera cita a uno de sus amigos: “Por todo el mundo resuena el grito del corazón del artista: ¡Permíteme hacer todo aquello de que soy capaz!”

En Rímini-2002, afirmaba el cardenal Ratzinger: “Estoy convencido de que la verdadera apología de la fe cristiana, la demostración más convincente de su verdad contra cualquier negación, se encuentra, por un lado, en sus santos y, por otro, en la belleza que la fe genera. Para que actualmente la fe pueda crecer, tanto nosotros como los hombres que encontramos, debemos dirigirnos hacia los santos y hacia lo Bello”.

Ramiro Pellitero, Universidad de Navarra
iglesiaynuevaevangelizacion.blogspot.com

Una primera versión se publicó en www.analisisdigital.com, 24-VIII-2008

Reproducido en el libro

“Al hilo de un pontificado: el gran ‘sí’ de Dios”, ed. Eunsa, 2010